

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Orden y progreso

Vivir para los demás.

Vivir á las claras

A LA MEMORIA

DE

GUILLERMO PUELMA TUPPER

SANTIAGO DE CHILE

1895

Año 107° de la Gran crisis

A LA MEMORIA

DE

Guillermo Puelma Tupper

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Orden y progreso

Vivir para los demás.

Vivir á las claras

A LA MEMORIA

DE

GUILLERMO PUELMA TUPPER



SANTIAGO DE CHILE

—
1895

Año 107° de la Gran crisis

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA Y LIBRERÍA ERCILLA

BANDERA, 21-K

1895

GUILLERMO PUELMA TUPPER

N. en Santiago el 20 de Setiembre de 1851

M. en Viña del Mar el 26 de Abril de 1895

Discurso pronunciado por el Sr. Juan Enrique Lagarrigue al inhumarse los restos del Sr. Guillermo Puelma Tupper en el cementerio de Santiago el 6 de Cesar de 107 (28 de abril de 1895).

SEÑORES:

Permitid que os hable un amigo de Guillermo Puelma Tupper. Hemos necesitado verlo morir en los abnegados

brazos de su inconsolable esposa que le cerrara los ojos con santo afecto, para persuadirnos de que ya no existe, y que debíamos traerlo á esta mansión solemne de los buenos recuerdos, en que los defectos de nuestra naturaleza se borran por idealización espontánea, y quedan sólo las nobles cualidades, sucediendo, en virtud de ley propia de la sociabilidad humana, que los muertos son siempre más queridos que los vivos, y que los vivos son cada vez más gobernados por los muertos.

Nunca hubiera podido creer que mi amigo finalizaría tan pronto, á pesar de que él solía decirme que sus días serían breves, porque estaba herido de grave enfermedad orgánica. Era su aspecto tan sano y su alma tan enérgica, que yo me hacía la ilusión de que él alcanzaría una ancianidad bien larga. Cuidaba especialmente, mi amigo, en su voluntad de fierro, de no dejar traslucir en su fisonomía expresiva y varonil las profundas

dolencias de su ser, y se le consideraba por eso, en general, como persona de incontrastable vitalidad. Yo mismo me he engañado más que todos y, en mi tremenda sorpresa, me reprocho el haberle tachado, tantas veces, de inquietudes sin fundamento sus confidencias de enfermo.

Fuimos verdaderos amigos, porque siempre conversamos en el sentido del bien. Lo pierdo precisamente cuando estábamos más unidos, cuando habíamos llegado á ponernos totalmente de acuerdo, después de salvadas algunas diferencias esenciales. Profesábamos ya la misma doctrina, y él era llamado á defenderla con encendido aliento. Mas, el Destino no lo ha querido, y la Humanidad se ve privada de uno de sus hijos que se preparaba á servirla y honrarla con toda su alma. Recién entrado mi amigo en la verdadera edad de las altas labores y de la plena responsabilidad, la irrevocable muerte le corta, por desgracia, su carrera social y religiosa. ¡Cuánta esperanza

tronchada, y qué de nobles cosas quedaron en flor! Sin estas desapariciones prematuras, que suelen verificarse con excesiva frecuencia, el progreso humano andaría más rápido y seguro.

El alma de Guillermo Puelma Tupper era, en el fondo, una mezcla singular de espíritu caballeresco y de temperamento apostólico. Aún en sus momentos revolucionarios (¿quién no los ha tenido en una época tan turbada como la actual?) se transparentaba ese bello y doble carácter de mi amigo. No es esto sólo opinión mía. Hasta por adversarios en ideas de Guillermo Puelma Tupper, he visto calificarlo de un modo análogo. Pero hay más, pocos habrán deplorado sus extravíos (¿quién de nosotros no ha pecado?) con la amargura que mi amigo lo ha hecho. El tenía verdadera nostalgia de perfección moral, y se indignaba de sus propios defectos. Sólo en pleno campo de buenas acciones, se encontraba, mi amigo, contento de sí mismo, en su ad-

cuado elemento, satisfecha su sed de abnegación, como el tiempo que pasó, siendo estudiante de medicina, en medio de los variolosos que atendía con solicitud extrema, y después cuando se encerró, por más de un año, en una casa de convalecientes de heridos en la guerra, para cuidarlos con incansable cariño paternal.

Ya de muy joven aspiraba Guillermo Puelma Tupper á ser un esforzado servidor de la Humanidad. Estuvo á punto entonces de hallar la verdadera vía, llevado sólo de su instinto religioso, y se sintió atraído por las obras de Augusto Comte. Pero la atmósfera escéptica que lo envolviera en Europa, mientras allí cursaba medicina, lo distrajo enteramente. Vuelto á Chile, me invitó á que estudiáramos la Religión de la Humanidad. Yo que iba, en aquel tiempo, por errada senda, no supe acompañarlo y lo disuadí aun de ese estudio. Privado mi amigo de la destinación apostólica que anhelaba, lanza

su alma exuberante é impetuosa en la carrera política. Varios años la anduvo con la vehemencia que le era característica, pero experimentando siempre un vacío inmenso, porque ahí estaba, en verdad, fuera de su centro propio.

Guillermo Puelma Tupper había nacido para apóstol de la gran doctrina que puede guiar santamente a toda nuestra especie. Como poeta lo ha sido, en efecto, y sus versos influidos por la Religión de la Humanidad así lo demuestran. Los de más alcance están aún inéditos. Dédicalos a su hijo á quien desea ahorrarle los desvíos por que él pasara antes de llegar á la fe altruista, ¡Cuántos jóvenes de noble índole no se pierden en busca del camino de salvación, y gastan sus mejores años andando y desandando ideas! Que las poesías de Guillermo Puelma Tupper, les sirvan de faro que los lleve sin rodeos peligrosos á la verdadera doctrina.

La palabra hablada de mi amigo, cuan-

do tocaba altos asuntos sociales, se impregnaba de unción, y su semblante se ponía radioso. En nuestras conversaciones lo he oído muchas veces profundamente conmovido, y me decía entre mí, «de esta pasta se hacen los grandes apóstoles». Pero su naturaleza era tan activa, que necesitaba de una vasta esfera en que desplegarse. Bajo una atmósfera más penetrada de positivismo, es indudable que el habría sido un gran motor de almas. Desgraciadamente, ahora hay que predicar por más que no se oiga todavía, no enmudecer aunque falte el eco simpático, no desalentarse, no irritarse y perseverar serenos, en medio de una glacial indiferencia, en la suprema labor religiosa; situación demasiado adversa á los corazones muy ardientes y comunicativos, y donde llegan hasta perecer de dolorosa asfixia moral.

Muere, mi amigo, cuando había logrado formar un hogar modelo, en que un mismo amor, una misma fé y una misma

esperanza ligaban á los cónyuges, y en que la vida privada se hallaba dignamente eslabonada con la vida pública. Queda la desolada y respetable esposa y el simpático niño, pero el espíritu de Guillermo Puelma Tupper está amorosamente con ambos, y la madre velará por que el hijo haga lo que el padre habría deseado hacer en sus mas íntimos anhelos. Así es como resucitan los muertos, así es como se vuelven inmortales, y crecen y se multiplican, enaltecidos por el altruismo, á través de las generaciones.

Ten paz, inolvidable amigo mío, en el seno de la veneranda Tierra, bajo el amparo sagrado de la Humanidad, la Patria y la Familia.

Discurso pronunciado por el Sr. Luis Lagarrigue, en conmemoración del Sr. Guillermo Puelma Tupper el 27 de César de 107 (19 de mayo de 1895).

SEÑORES:

La tumba es el altar de los buenos, la cuna de la religión y el templo universal de todos los tiempos. Recorramos la cadena continua de la infatigable labor de las edades pasadas, y, en medio de la transformación incesante de dogmas y de ritos, encontraremos siempre el culto de los muertos. Ese culto que eslabona las generaciones, es la fuente del progreso social, así como el recuerdo de nuestra propia conducta es la base de nuestro perfeccionamiento individual.

No basta, señores, que podamos conservar los resultados del trabajo de nuestros predecesores, es necesario que persista también el mérito que los caracteriza, para que sean de esa manera agentes cada vez más poderosos del engrandecimiento humano. Y esto sucede espontáneamente, pues siempre que la evolución social nos exige algún modo especial de actividad, se levantan de la tumba como patronos soberanos todas aquellas figuras que la simbolizan en la historia. La guerra nos trae el recuerdo de los héroes. El desarrollo artístico y filosófico de los pueblos, los pone en comunión con los genios del pasado. Y esa influencia se acrecienta cuando los muertos se ligan á nosotros por los lazos de la amistad ó de las afecciones domésticas.

Nada, pues, más justo, más noble, más necesario, que el culto de los muertos. El consolida el progreso de los pueblos y perfecciona á los individuos, por que es el más poderoso estimulante de los

sentimientos generosos. Gracias á él, los que viven para los demás, reviven en ellos, perpetuándose así en todo lo que tuvieron de bello, de verdadero y de bueno.

¡Qué sería del destino humano si con la muerte concluyera para siempre la existencia, ó ésta se prolongara en un vano mas allá de goces ó dolores, ajenos á la vida que vivimos en esta madre tierra! Esas dos concepciones del individualismo ateo ó deista, graban en las almas el sello de la indiferencia ó el del egoismo. El ateo navega sin brújula entre el vicio y la virtud, y el deista huye el mal y busca el bien por propia utilidad. Pero el hombre necesita, señores, eternizar su existencia, ligándola á la de seres persistentes y capaces de ser amados, conocidos y servidos aquí en el mundo. El pasado y el porvenir de esos seres superiores, nos hacen vivir en lo que ellos han sido y en lo que ellos serán. Esos dioses, constituidos por colectividades

humanas, vuelven íntimos é intensos los lazos de amor, y establecen el libre concurso de los hombres bajo la inspiración de los sentimientos generosos. La Familia, la Patria y la Humanidad coordinan y moralizan nuestra vida doméstica, civil y religiosa. Los actos mas vulgares toman un carácter de dignidad y grandeza, incompatibles con todo individualismo. El recuerdo de los padres y la esperanza en los hijos dominan la vida doméstica. Y al ciudadano y al hombre cautivan también las glorias que honran la historia patria y humana, y los progresos del futuro desarrollo social. En el presente coexisten el porvenir y el pasado. Así se alcanza la verdadera inmortalidad del alma, que vive en nosotros un instante y que se eterniza en los demás.

El positivismo, legislando el conjunto de la vida humana, y sin desconocer ninguna de las influencias á que está sometida, aspira á fortificar los lazos que nos unen al pasado, para podernos ligar al

porvenir. Por eso preconiza el culto de los muertos que perfecciona á los vivos en beneficio de los no nacidos.

La Iglesia positivista conmemora hoy á uno de sus fieles, Guillermo Puelma Tupper, arrebatado prematuramente á la esperanza de sus correligionarios, cuando, apenas convertido á la nueva fé, iniciaba ya la carrera de un grande apóstol.

Guillermo Puelma Tupper nació en Santiago el 20 de Setiembre de 1851. En el seno de su familia se formó su corazón y su carácter, bajo el amparo de sus padres que le transmitieron la ternura del poeta y la energía del caballero. Estos caracteres distintivos de su alma aparecen en todas las fases de su vida, y jamás se le vió ponerlos al servicio del interés personal. Siempre lo inspiraba lo que creía el bien social, y su naturaleza puede calificarse como la encarnación del entusiasmo, tan contrario al indiferentismo que es cobarde é incommovible.

No se concebiría el progreso de los pueblos si predominara en los hombres la indiferencia. En vano la Poesía trataría de mover esos corazones de piedra, incapaces de vibrar á los impulsos del ideal. En vano la Filosofía y la Ciencia les darían verdades para ellos iguales al error. En vano la Religión aspiraría á reglar por el amor y á ligar por la fe, á esas almas que desconocen los encantos del arrepentimiento y de los nobles propósitos. Pero la naturaleza humana es menos grosera de lo que parece. Aun aquellos seres que desprecian la virtud y se jactan del vicio, conservan en el fondo de sus almas el eco de la conciencia que sin cesar los llama á la felicidad del bien. Se cultiva así espontáneamente el corazón, haciendo revivir sus afectos generosos con la conmemoración involuntaria de lo que ha sido bueno en los demás y en nosotros mismos. Esta protección continua de la conciencia, se debe principalmente á los primeros

años de la infancia, á esos años que, ajenos á las luchas domésticas, civiles y religiosas, permiten á las madres triunfar de la anarquia humana. En ellos se opera esa maravillosa construcción del alma, que desarrolla, disciplina y coordina los sentimientos, que, sin transmitir ideas al espíritu, lo coloca bajo el imperio del corazón, y que, sin determinar nuestra conducta, domina todos los campos de nuestra futura actividad. La madre es así la diosa de la educación humana, y todo lo bueno de nuestra vida entera es la manifestación del niño que estuvo en sus brazos. Su ternura inefable, su bondad sin límites quedan grabadas en el hijo con caracteres indelebles, cuyo brillo se aviva cuando el culto renueva las impresiones bienhechoras.

Poseída de los generosos afectos que recibiera de su noble madre, el alma de Guillermo Puelma Tupper, se vió expuesta á todos los embates de la anarquia moderna, pero el influjo materno,

nunca extinguido, dió á su vida la unidad de progreso que es la única compatible con las naturalezas entusiastas en los tiempos revolucionarios. Siempre aspiraba á lo mejor, y ninguna de las situaciones falsas é incompletas de su carrera social podía satisfacerlo. Esos cambios incesantes de concepciones y proyectos no saben comprenderlos las almas de barro que se adaptan con indiferencia á todas las situaciones. La unidad de orden, ó sea el orden en la vida, sólo puede existir cuando la armonía abarca el conjunto de los afectos, de las ideas y de los actos humanos. Se necesita pues de una *simpatía*, de una *síntesis* y de una *sinergia* universales, ó sea de una Religión, para evitar los desórdenes de la existencia individual y social. Por eso vemos á los adeptos sinceros de las antiguas doctrinas vivir felices en santa paz del alma en la religión que profesan; pero si bien ellos gozan de la unidad del orden moral, desconocen los encan-

tos del progreso humano que nos lleva al amor social, á la fe positiva y al trabajo industrial. Todas aquellas almas sedientas de perfeccionamiento y que sienten la insuficiencia del orden retrógrado, se lanzan al combate, y, muchas de ellas, como extraviados peregrinos de la anarquía moderna, abandonan la antigua mansión de la fe y no consiguen llegar á su nueva morada.

Guillermo Puelma Tupper alcanzó á encontrar la ruta segura de la vida que siempre anhelaba su alma generosa. Su adhesión á la religión positiva es el testimonio mas fehaciente del imperio que tenían en su naturaleza emocional los sentimientos tiernos y elevados. En efecto, su conversión no fué fruto de estudio ó de ciencia, fué el digno coronamiento de una noble afección por el ángel del hogar que le permitió fundar su familia. Entonces su alma delicada y entusiasta pudo condensar el amor á la madre, á la esposa y á la hija, completándose de ese

modo, en nuestro amigo, la unidad del progreso con la unidad del orden moral, en el seno de la fe positiva.

Así, llegó á exclamar, como poeta:

- “El hombre necesita en su existencia
- “Como aire y agua y sol quieren las flores
- “Que lo acompañen siempre tres amores
- “Un hogar, una patria, una creencia.

Su peregrinación había terminado; su vida pasada era el poema de los agitados tiempos modernos, y ya que el destino implacable de la muerte le impidió desarrollar la segunda vida que iniciaba como campeón de la fé, su existencia subjetiva servirá de faro salvador de la juventud generosa y entusiasta.

Todas las falsas rutas actuales fueron recorridas por él. Fatigado bajo el peso de la teología individualista que dominó su infancia teórica, fué sometido en su adolescencia á la corruptora metafísica propia de la instrucción oficial, y luego

la ciencia atrajo su espíritu y lo llevó á Europa para dedicarse á la medicina. Pero ésta no satisfizo su alma, y al comenzar su juventud, á los 23 años, escribía en su libro de memorias: «mis tendencias han sido siempre el buscar antes que todo el bien de los otros, y de ahí mi poco amor por la ciencia; yo no puedo concebirla aislada de un fin moral ó social». Y en seguida juzgaba su profesión diciendo: «Si la medicina atiende al enfermo, la filosofía, la política, la literatura, atienden al sano y hoy importa sobre todo dar vida á éste».

Abandonando la carrera médica, su alma creyó poder encontrar en esos tres atributos humanos la síntesis de sus afectos, de sus ideas y de sus actos. Desgraciadamente él no podía entonces conocer, sino por su propia experiencia, que su desarrollo poético y filosófico era incompatible con su destinación política. Su vida, en la edad varonil, iba á representar así, con plena fidelidad, el estado pecu-

liar de las sociedades modernas, que confunden, en todas las relaciones de la existencia humana, el orden espiritual con el temporal. En medio de esta confusión, propia de la pedantocracia actual, las fuerzas prácticas no pueden ir mas allá del parlamentarismo, y las fuerzas teóricas, mas allá del diarismo. Esta degradante situación, que ha transformado á los César en diputados y á los San Pablo en diaristas, es la fuente del anarquismo que desprecia ya tanto los gobiernos temporales como los espirituales.

Guillermo Puelma Tupper se lanzó con toda la energía de su carácter en medio de las luchas del parlamento y de la prensa, y se convenció por fin de que el uno y la otra sirven sólo para anarquizar los dos poderes humanos: el gobierno, y la opinión.

Alejado por último de esa falsa política, comprendió que el gran problema de los tiempos modernos consiste en armo-

nizar el proletariado, ó pueblo obrero, con el patriciado, ó gobierno práctico, bajo la influencia de una nueva doctrina y de un nuevo sacerdocio, que reglamenten la existencia industrial propia de nuestra época. El Positivismo que para él había tenido hasta allí, un interés científico y filosófico, se le presentó entonces con toda su majestuosa importancia social, y ascendiendo así del dogma al régimen de la Religión final, sólo faltaba que apreciase el culto para que su conversión fuera completa. Pero si la vida teórica de su juventud y la actividad política de su edad varonil lo habían conducido respectivamente al dogma y al régimen de la Religión positiva, sus continuas aspiraciones poéticas y las impulsiones de sus afectos domésticos, lo habían hecho vivir siempre en el mundo de las emociones. El había experimentado ya que los sentimientos forman el centro de la existencia humana, y que el conjunto de las ideas y de los actos sólo

sirven para establecer la doble influencia del mundo sobre nosotros y de nosotros sobre el mundo. Bastaba pues que sus lazos de amor, que ya comprendían la Familia y la Patria, se estendiesen hasta la Humanidad, para que él abarcara en toda su plenitud el universo moral que nos rodea. El cultivo de los sentimientos altruistas y la represión de los afectos egoistas se le presentaron en fin como la única fuente de la unidad del alma y de la unión entre los hombres.

Su conversión fué completa, y él concentró desde entonces todos sus esfuerzos en su perfeccionamiento individual en beneficio social. Sus sentimientos estallaron así en este grito de amor por nuestro sublime maestro:

.
.
Perdona si te evoco, si se atreve
tan solo á recordarte mi poema

Tu nombre lo veneran los que te aman

Maestro de maestros en el mundo
de Pablo y Aristóteles segundo
luz del afecto con amor te llaman.

Ah! si pudiera con sonoro verso
enlazar mi memoria á tu memoria
y si alcanzara tan excelsa gloria
de tu nombre llenando el universo.

No ha menester elogios tu grandeza
pero ambiciono con la ardiente lumbre
de tu doctrina guiar la muchedumbre
unirla en el amor y la pureza.

He ahí señores la vida de una digna
personalidad que siempre manifestó una
tendencia predominante: el entusiasmo
por servir á los demás. Por eso fue mo-
delo de amistad y caridad.

No ha llegado aun el momento de
juzgar sus méritos, pero sí podemos
contemplar con noble satisfacción el
cuadro de una vida que, en medio de la
tormenta, convergió siempre hacia un
mismo puerto, la Religion final. El pro-
greso de esa vida tiene pues un principio

constante de armonia; y en el estado subjetivo en que ahora se encuentra se nos ofrece en una total unidad religiosa caracterizada por el positivismo.

Que su ejemplo sirva de norma á todas esas almas náufragas que flotan asídas sólo á las ruinas de su antigua fe, sin saber distinguir los rumbos del bien y del mal, y sin tener fuerzas propias para resistir los vaivenes de la fortuna.

El nombre de Guillermo Puelma Tupper será el signo mas característico de la eficacia prodigiosa de nuestra doctrina, por cuanto él estuvo sometido á todas las influencias teóricas y prácticas contrarias al Positivismo. Este triunfó, sin embargo, y sobre las cenizas del revolucionario se alzó el nuevo apóstol. Los últimos trabajos de su vida lo afilian á la nueva fe, y sus correligionarios guardarán siempre su memoria. El vivirá en nosotros para realizar sus generosas aspiraciones.

Ven á nuestras almas, querido amigo,

entre el coro de los buenos. Ven á aumentar el cielo de la existencia humana para no dar cabida al mal que nos asedia. Ven á vivir para nosotros, viviendo en nosotros para cumplir tu destino. Tristemente grato nos es poder formar los primeros instantes de tu vida subjetiva, que ha de aproximarte hasta incorporarte á la Humanidad. Tu serás un nuevo sostén de nuestras almas si sabemos llamarte en nuestro auxilio para ahuyentar la cobardía y el indiferentismo, y penetrarnos de la energía y el entusiasmo que deben conducirnos á la victoria.

Invocando desde ahora la justicia de la posteridad, le presentamos como síntesis de tu existencia estos últimos pensamientos que brotaron de tu pluma:

«La vida sólo es grande cuando es una
si sentimos de viejos y de niños
las mismas esperanzas y cariños
Si se enlaza la tumba con la cuna».